

TRAGEDIA EN TAUCAMARCA

*A las víctimas de los Fonconditos,
(22 de octubre de 1999)*

Les preparé el desayuno como todas las mañanas. Pobres, llegaban a la escuela sin probar bocado y los maestros teníamos la obligación de preparar los *Fonconditos* para nuestros alumnos: leche con harinas de trigo, maíz, soja y cebada, y galletas. Me daba igual que no me creyeran porque yo había hecho lo que tenía que hacer. Así que además de implorar mi inocencia, esto fue lo que les dije cuando me llevaron detenido.

—Ustedes nomás necesitan un cabeza de turco. ¿Por qué no van y me detienen al gobernador?

—Vamos, vamos, Jaimito —me chuleaban sin respeto—, díganos qué demonios echó en el *Foncondito*.

Y sabe muy bien Nuestro Señor que yo adoraba a aquellos niños, con sus risas, sus juegos, sus ingenios, sus travesuras... Pablito José, Camilo Andrés, y todos los demás. Así hasta veintiséis almas que el Desarrollo Social se llevó por delante. Ahorita veintiséis almas menos que desarrollar. Uno a uno, fueron todos cayendo como mansos corderitos en el matadero. «Esta tierra está desahuciada. Nos quieren exterminar a todos», retumbaba en mi cabeza esta frase como una ráfaga de ametralladora.

El primero en caer fue Pablito, Pablito José Morales. Repitió hasta tres *Fonconditos*, y es que de aquel maldito alimento de subsistencia había para hartarse. Lástima que el señor gobernador no se desayunó con uno de ellos, que lo primero que hizo fue mandarme prender. ¡En vez de haber controlado lo que se daba a aquellos angelitos!

—¡Pequeños! Voy a prepararles los *Fonconditos* y, mientras, quiero que ustedes hagan esta planilla de vocales...

—Don Jaime, ¿a lápiz o a boli? —me preguntaron, como siempre, algunos de ellos.

—Como ustedes deseen, pero que resulte decente.

Qué malévolo veneno, que exterminó a los más pobres y desvalidos de estas tierras andinas. Fueron cayendo uno a uno: Estelita, Carlos Demián, Jessica Alejandra, y así hasta veintiséis.

Todavía hoy siguen buscando un culpable. Tienen que encontrarlo para acallarnos a todos. Pero Dios sabe que fueron ellos mismos. Taucamarca se quedó vacía. La escuela, también. Todos nos hemos quedado vacíos.

∞

Aquella mañana no salí de la cama. Me sentía sin fuerzas y febril. Como no me dejaba la tiritona, mi mamá me había casi sepultado echándome encima tres mantones. Cada vez que quería cambiar de lado, tenía que hacer un esfuerzo de gimnasia para sostener los mantones con los

brazos y a la vez voltear mi cuerpo. La suerte que tuve aquel día no me impide recordar con estupor aquella tragedia. «¿Quién iba a pensar que los *Fonconditos* nos iban a matar?», nos preguntamos todos.

Y si vivo, tengo que agradeceré a don Mario, el médico de Huancaraní, que fue el que me recetó cama al ver que mi mamá, como de costumbre, no confiaba en mí.

—Ernesto, como no sea verdad le voy a golpear —ella me martilleaba cada vez que me revolvía en tiritonas.

La trágica noticia me sobresaltó de tal manera que creo que la fiebre se me disparó. Hubiera deseado irme también con ellos. Pablito José, mi hermano mayor, marchó como un angelito al cielo junto a los otros. La aldea se quedó sin niños. Ya no es ni volverá a ser la misma; será siempre una aldea vacía.

Quedó aplazado para siempre el partido de pelota que jugábamos todos los viernes por la tarde. Algún día revivirán y, todos juntos, bajaremos a la cancha a disputarlo, con las niñas en el graderío jaleándonos: «Anda, corre, Nino», o «Chuta ya, Wilson».

—¡Acabaron con la aldea entera! —tiempo después se lamentaba mi mamá, casi sin aliviarse de verme vivo.

∞

Camilo Andrés fue el último en caer. Estaba recién mudado con su abuela en Taucamarca. Había dejado a los papás allá en Cusco y él me decía que les hacía saber de sus andanzas diarias por el teléfono. Siempre andaba diciendo: «¡Qué grande esta aula!». A mí también me lo pareció cuando llegué allí trasladado. Aún recuerdo detalles de la escuela, como la fachada de ladrillo rosa y la escalera adosada que desembocaba en una estrecha puerta con remaches de latón. Todas las mañanas los niños, como un rebaño de corderitos, atravesaban aquella puerta de la enseñanza elemental peruana. Nadie podía imaginar que la tragedia visitara alguna vez Taucamarca, y menos que llegara con tal magnitud. Al día siguiente de suceder la tragedia, todavía llegaban víctimas del *Foncondito* al hospital de Cusco, a sólo setenta kilómetros.

—¡Ay, que nos quieren matar, Señor! Porque somos pobres —gritaban los aldeanos desconsolados.

Como todas las mañanas, a las nueve en punto, acudían a su aula Pablito José, Camilo Andrés, Carlos Demián, Estelita, y los demás, entre juegos, risas, griterío y carreras. Estelita se seguía sorprendiendo de que los mismos muchachos tan románticos que pugnaban por cortejarla se volvieran al entrar al colegio tan salvajes como licántropos en las noches de luna llena. El barullo se prolongaba hasta el toque de alarma. Ponían un vigía en el pasillo, junto a la puerta del aula, que rotaba cada mañana. Cuando yo aparecía por la vuelta del corredor, las marañas que formaban los más traviosos se deshacían, y todos jalaban a sus pupitres con precipitación. Se empujaban, tropezándose con sillas y pupitres, para que yo no los pescara.

Ninguno podía adivinar lo que estaba a punto de suceder aquella misma mañana. Ni yo tampoco.

—Esto nos ha pasado porque somos campesinos. ¿Qué sucedió en Sicuani o en Quilca? —me quejé con rabia durante mi detención.

Como todos los días, entré al aula y les dije: «Buen día, niños. Voy a recitar la lista». Poco después, empecé a cantar con mi acostumbrada parsimonia la lista entera del aula de cuarto, mientras los pequeños intercalaban un «¡Presente!» detrás de sus respectivos nombres.

—Pablo José Morales, Camilo Andrés Méndez, Carlos Demián Weyman, Estela Guzmán, Wilson de Terry, Ernesto Aparicio... —recitaba yo.

Aquella vez mi retahíla se quedó truncada por el sordo vacío de la espera tras nombrar a Ernesto Aparicio.

—Don Jaime, es que no ha venido porque está malito con la gripe —intervino su hermano Pablito José.

—¡Vaya por Dios!... ¿Y ustedes saben qué es la gripe? —les pregunté, porque me gustaba mucho platicar con mis pequeños alumnos—. A ver, ¿alguno de ustedes me dice lo que es la gripe?

—¡Yo! Pues la gripe, don Jaime, es una enfermedad —contestó Juanita Serna, muy resabida.

—¿Sí? Veamos, Juanita, ¿y qué tipo de enfermedad es?

—Pues muy mala, señor. Le pone a uno con mucha fiebre y salen granos que pican mucho —contestó rápidamente Juanita.

—Veamos, Juanita, ¿no se estará confundiendo con la varicela?

—Ah, pues ahorita no lo sé —masculló la niña con decepción, sin duda pensando que lo que había pasado hacía unos meses era la varicela en vez de la gripe.

Así que, antes de terminar de pasar la lista, me entretuve en repasar todas las enfermedades infecciosas.

∞

Mi hermano marchó a la escuela, como todas las mañanas. Mis papás eran pobres y vivíamos del cultivo, que no nos alcanzaba ni para diez días de cada mes. Pablito José era el mayor. Era muy bueno y cuidaba mucho de mí. Los dos íbamos a la escuela de Taucamarca porque además nos daban el *Foncondito*: «Pablito José, acuérdesese de cuidar a su hermanito. Y tómense sus *Fonconditos*; usted y Ernestito», le decía mi mamá.

Desde que sucedió aquello, el río empezó a crecer; dicen que de tantas lágrimas que se derramaron. El Gobierno nos prometió muchas cosas, pero eso ya no nos importaba. Lo cierto es que no nos ayudó; ni un sólo sol fue para nuestras familias destrozadas. Tampoco se capturó a los culpables, unos verdaderos canallas y criminales. La escuela se cerró y, poco más tarde, se demolió. Se llevaron todos los niños a la de Huancaraní y, como nadie quiso seguir tomando los

Fonconditos, el Fondo de Compensación y Desarrollo Social dejó de suministrarlos a los municipios. «Es mejor pasar hambre y seguir vivos. ¡Ay, Pablito José! ¡Qué vacía quedó la Escuela!», no dejé nunca de lamentarme.

∞

A los seis meses quedó probada mi inocencia y pude salir de la cárcel de Cusco. Tras rehabilitarme, me quisieron destinar a Iquitos; pero ya con sesenta años no tenía ganas de volver a enseñar. Me costó que me concedieran una jubilación, aunque dadas las circunstancias acabaron accediendo. Me quedó una pensión tan bajita que a duras penas me da para sobrevivir acá en Arequipa, que es adonde me mudé.

∞

El día del entierro tenía tanto dolor como todos los vecinos de Taucamarca. Sentía que el que se iba era yo; pero estaba seguro de que ellos iban al paraíso porque no habían tenido tiempo de cometer ningún pecado. El único pecado que habían cometido era vivir en aquella aldea y asistir a la escuela. Yo, sin embargo, quedaba en esta penosa tierra para contar la verdad algún día, tarde o temprano, de una u otra forma. «Ernestito, pasa la pelota», todavía oigo los chillidos mientras jugábamos. Mi mamá y mi papá se alegraron mucho de que ese día estuviera en cama.

Don Jaime ya se jubiló y vive de viejito en Arequipa, modesta pero dignamente. El año pasado le dimos un homenaje y recibió una medalla. Fue un acto que nos llenó a todos de intensa emoción.

Mi infancia quedó marcada por aquella desagradable tragedia. Debido a lo que pasó, nos dieron ayuda gubernamental para cursar la enseñanza media. Seguí estudiando, primero en la Escuela Mayor de Cusco y, más tarde, leyes en Lima. Y lo que es la vida: tras una carrera política, ahorita soy ministro de Educación Nacional. Ya no se dan los *Fonconditos*, pero me parece que los desayunara todas las mañanas.

∞

Pues el año pasado, por el día del maestro, se obstinaron en darme una medalla. Desde luego, el acto me llenó de emoción. No dejé de llorar, recordando una a una sus caras. Al terminar, en un aparte, les pregunté si me iban a conceder alguna ayuda porque eso era lo que me hacía falta.

—Verá usted, don Jaime. No podemos violar la ley. Ya se le otorgó a usted una pensión sin tener derecho, aunque la tuvo bien merecida.

Así que, como la medalla era de plata, la llevé a empeñar.